



AE  
& I  


El dilema  
de Penélope  
Jorge Zepeda  
Patterson

Jorge Zepeda Patterson



El dilema de Penélope

## 1. Una oportunidad

---

Una oportunidad, lo que se dice una oportunidad, no era, pensó Penélope Hunt. Pero igual aceptó el puesto. Con el tiempo llegaría a la conclusión de que lo había hecho por estricta vanidad. Henry Winter le había ofrecido un trabajo en Savethemall.org con un argumento irresistible para alguien que estaba convencida de que sus mejores años y sus últimos ahorros se habían esfumado.

—Vas a ser la activista más sexy en la historia del rescate de los barrios pobres de Los Ángeles, los chavos banda acudirán al centro comunitario, aunque sea con la esperanza de meterse en ese trasero tuyo —le dijo, apreciativo.

La vulgaridad de la frase le hizo recordar a ella la razón por la cual había puesto fin a la breve temporada en la que Henry había sido su amante años atrás. Sin embargo, no iba a cancelar una posibilidad de un trabajo solo por la procacidad de la invitación.

—No sirvo para esas cosas; demasiado rubia y alta para despertar confianza entre la raza de bronce —respondió Penélope. Si bien hablaba un español aceptable gracias a su madre mexicana, los genes noruegos dominantes de su padre la habían convertido en una vikinga. Se veía más cerca de hacer una audición para una película de Conan el Bárbaro que para una de Frida Kahlo.

—No necesito que inspires confianza, solo que los atraigas al programa. Ya sabes el dicho: «Dos tetas jalan más que los bueyes de una carreta».

—Decídete, el trasero o las tetas —respondió ella, comenzando a sentirse incómoda. Se encontraban en la terraza de un bonito

restaurante de West Hollywood, apenas a tres cuadras del local comercial que el día anterior ella le había entregado a su propietaria, luego de su fracaso como comerciante de velas para la meditación y aceites para toda ocasión. Para atenuar la tristeza que le provocaba su enésimo desastre vocacional, se había puesto un vestido de piel entallado y botas de tacones imposibles. Por la mirada de todos los varones de las mesas vecinas, supuso que se había excedido.

—Los chavos van a caer como moscas en tu red. Lo más cercano que van a estar de una *top model* en su vida —dijo Henry, categórico, sin asomo de ironía mientras se llevaba a la boca una tostada de carpacho de salmón y la enjuagaba con un largo trago de vino espumoso italiano. Henry vivía del trabajo asistencial a favor de los pobres, aunque estaba convencido de que eso no lo obligaba a comer como ellos.

—Tampoco abuses. Salvo que hables de modelos de tallas extragrandes —dijo ella al recordar los tres kilitos que se recriminaba todos los días frente al espejo.

—No seas así, por los viejos tiempos, ayúdame —dijo él, modificando el tono—. Si no levanto la asistencia al centro comunitario, la oficina del alcalde cancelará mi presupuesto. Aunque te parezca ingenuo, para muchos adolescentes es la diferencia entre ser reclutados por las bandas y al menos tener una oportunidad en la vida.

—Pinche Henry, por allí debías haber comenzado y no por las tetas y el trasero —objetó ella.

—Tienes razón, debí haber comenzado por el trasero —dijo y estiró la mano para acariciarle el brazo.

—Ni lo pienses —protestó Penélope, echándose para atrás en el asiento—, esta *top model* está en veda permanente para ti; además, no me meto con compañeros de trabajo —añadió, aceptando el empleo de manera implícita. No estaba del todo segura de que fuera una buena idea. Pero necesitaba el trabajo. Henry no sería problema, siempre había sido más ladino que amenazante. Sabría como mantenerlo a raya y, al parecer, solo supervisaría a distancia su trabajo en el centro comunitario. Pero se preguntaba si estaría a la altura del desafío de un barrio bravo en el que nunca había vivido.

Se separaron en la banquetta como viejos examantes; él, creyéndose con el derecho de sostener más tiempo del necesario un abrazo

estrecho que a ella le pareció impúdico. Pero estaba contenta. El trabajo le venía de perlas para dejar de rumiar el fracaso anterior; con un poco de relaciones públicas de su parte, los demás verían su nuevo empleo como el resultado de una admirable decisión; dejar un negocio rentable para emprender un trabajo mal pagado en beneficio de los más necesitados. Algo que reparaba su imagen ante los demás y, en esa medida, ante sí misma.

Lo de compañeros de trabajo con Henry resultó un eufemismo. Él no volvió a aparecerse después de la primera sesión, cuando la llevó a conocer el centro comunitario SAPO y le presentó a las dos asistentes que lo llevaban hasta entonces. Cuando Penélope las vio, entendió por qué el SAPO se había convertido en un páramo. Puff y Paff, como terminó apodándolas, eran la imagen misma del aburrimiento. Una versión desangelada del hipismo de los sesenta; lacias y canosas, de cutis apergaminados y dientes pardos. Puff tenía los ojos hundidos que en otras personas sugerían miradas profundas y misteriosas; en ella simplemente eran ojos hundidos. Penélope se enteró más tarde de que lo más llamativo de las noches latinas a las que convocaban el fin de semana consistía en unas piñatas irrompibles rellenas de cacahuates rancios donados por el supermercado del barrio. Tampoco ayudaban las instalaciones: salones áridos con sillas de metal oxidadas, paredes de un color que hacía pensar en la sopa de una boda, vagamente beige, pero en esencia indefinible.

Henry le había hecho prometer que al menos doblaría la asistencia, pero a ella le bastó observar la primera sesión de lotería organizada por Puff para darse cuenta de que bastaría una jugada de póker con un par de sus amigos para duplicar el público. Una semana después de asumir la dirección del lugar, anunció clases de tubo los viernes, pijamadas de reguetón los sábados y maratón de bongós las tardes de los domingos. En realidad, el éxito inmediato que su programa provocó en el barrio tuvo menos que ver con los eventos y más con las invitadas que llamó en su auxilio: una *troupe* de amigas que se ganaban el pan en el *table dance*. Le debían algunos favores desde que intentó organizar unos años antes una federación de sindicatos de profesionales del tubo. El tipo de fracasos que al pasar los años dejan dividendos, asumió ella, como lo hacía en cada ocasión que tenía que volver a cerrar una puerta. Alguna vez debió

reconocer que, si los fracasos dejaran dividendos, estaría viviendo en Saint-Tropez.

El lugar pronto se abarrotó, la prensa local publicó un par de reportajes y Henry se convirtió en invitado frecuente de los *talk shows* de la radio comunitaria. Explotaba el éxito del SAPO como si fuese mérito suyo. Pero a ella no le importaba; le gustó su nuevo trabajo. Le resultó tan fácil convertir el centro comunitario en un congal exitoso que se convenció de que por fin había encontrado su vocación. Siempre quiso tener un bar o una discoteca, y esto era lo más parecido, con la ventaja de que ahora se ganaría puntos en el cielo. Incluso las clases de yoga por las mañanas, antes desoladas, se abarrotaron cuando cambió al instructor calvo y huesudo por Tania, una mulata de pezones duros y alargados. Penélope le sugirió que no usara sostén durante las sesiones.

El paraíso que había creado comenzó a tener problemas cuando las dos principales bandas de la zona quisieron convertir las instalaciones en campo de batalla. Aunque el lugar se encontraba justo en el límite entre los respectivos territorios, hasta entonces los jóvenes lo habían ignorado olímpicamente. Nada había en el país de Paff y Puff que lo hiciera atractivo. El carnaval que organizó Penélope lo transformó en una codiciada franja por la cual más de uno de los pandilleros asumió que merecía morir o, más exactamente, matar. Circuló el rumor de que los dos ejércitos se aprestaban a despedazarse con tal de disfrutar del paraíso en exclusiva.

Los dos líderes no podían ser más diferentes, aunque ambos apenas rebasaban los veinte años. Saúl, la cabeza de la RR11, era guapo, astuto y despiadado. Pancho, el mandamás de Los Hondos, solo era despiadado; sustituía la falta de belleza e inteligencia haciendo alarde de su salvajismo. Se supone que entre Los Hondos predominaban hondureños y salvadoreños, y todos profesaban los rituales de la Mara Salvatrucha; por su parte, la RR11 reclutaba a sus esbirros entre los mexicanos de segunda generación. En la práctica, las infanterías eran intercambiables.

Penélope pudo intervenir gracias al oportuno aviso de Gary, cabecilla de la distribución de heroína. Un afroamericano con pinta de rapero, a quien le hacía muy poca gracia que su clientela resultara diezmada por una estúpida disputa limítrofe. Le planteó a ella el

tema como un asunto de negocios; a ninguno de los dos le convenía perder una cuota importante de mercado.

Penélope los citó en un bar y les hizo creer que vería a cada uno por separado. Fue una precaución imprescindible. Probablemente se habrían matado al momento de verse las caras si el matón que le asignó Gary no los hubiera obligado a entrar desarmados. Pese a todo, cuando se sorprendieron al encontrarse en el mismo salón, Penélope apenas pudo contenerlos. Los obligó a escucharla. Si querían regresar a las sesiones de bingo comandadas por Paff y Puff, podían salir y darse de cuchilladas, ella levantaría el campo y no volverían a verla. Ni a ella ni a su banda de amigas. Pero antes de desaparecer se aseguraría de que los miembros y rivales dentro de sus propias pandillas se enteraran de que habían sido ellos los responsables de la clausura.

El guapo de Saúl fue el primero en ceder. Su madre era una asidua a los cursos de computación y redes sociales que ahora ofrecía el centro comunitario.

—No podemos mezclarnos en el SAPO, la tropa armará batallas campales aunque nosotros no lo queramos —dijo, lanzando un vago gesto en dirección a su contrincante.

—Lo he pensado —respondió ella—. Propongo que lunes, miércoles y viernes sean para Los Hondos, y los martes, jueves y sábados para la RR11. Los domingos serán días familiares, ninguno de ustedes se aparece.

—Yo quiero los sábados —dijo Pancho, haciendo un rictus con la fea cicatriz que le cruzaba el rostro. Sin ella simplemente habría sido un adolescente desagradable; con ella resultaba un adolescente desagradable de apariencia aterradora.

—Ni lo pienses; este barrio fue mexicano antes que salvadoreño. Podemos permitir que se aparezcan, pero nosotros escogemos los días —dijo Saúl, irguiéndose.

Por un momento se encararon como dos boxeadores frente a las cámaras en una ceremonia de peso. Ella asumió que los dos habían visto demasiado FWC en la televisión.

—Tranquilos, también pensé en eso. Lo resolveremos en un duelo entre ustedes dos. Nadie sabrá el resultado fuera de estas paredes, el ganador escoge los días.

—¿Un duelo? No digas pendejadas —protestó Pancho.

—¿Qué, culero? ¿Tienes miedo de perder? —se burló Saúl.

—¿Cuchillos? ¡A ver si eres tan machito! —respondió el otro.

—Ni cuchillos ni cadenas: palillos chinos —interrumpió ella.

Ambos la miraron con expresión confusa y luego reflexiva, tratando de descifrar a qué tipo de armas se refería. Por un momento supusieron que se trataba de alguna variante de los chacos, algo relacionado con artes marciales.

—¿Cuándo? —dijo Pancho, ahora sí decidido y probablemente recordando alguna imagen de Bruce Lee, su ídolo personal, como lo revelaba la imagen tatuada en uno de sus bíceps.

—Ahora —respondió ella y extrajo de su bolsa un atado de palillos chinos—, ¿quién comienza?

Los dos la miraron incrédulos. Saúl soltó una carcajada y asumió que se trataba de una broma.

—El que sume más palitos antes de perder, se queda con el sábado —dijo Penélope.

—No jodas, eso es de niños y morritas —protestó Saúl.

—Yo comienzo —dijo Pancho, con una sonrisa. El líder de Los Hondos se ufana de su pulso; en los bares solía alardear de la velocidad con la que encajaba en la mesa un cuchillo entre los dedos.

Le arrebató a Penélope los palillos y los dispersó sobre la mesa. Frunció el entrecejo, una protuberancia en la superficie de madera los había amontonado de fea manera. Saúl se relamió los labios en un gesto de sorna.

Pancho logró recuperar diecisiete palillos antes de testear, casi imperceptiblemente, uno de color verde. Ella suspendió su turno. Le llamó la atención que no protestara su fallo. Cualquier otra persona lo habría hecho, ella misma no estaba muy convencida de haber captado el movimiento y sin embargo él aceptó sin chistar su arbitraje. Penélope pensó que los códigos de honor de estos asesinos eran una cosa misteriosa.

Saúl tomó el hato de palillos y los tiró tratando de eludir el accidente de la mesa. Logró una disposición a modo, no obstante, el pulso de fumador lo traicionó. Tras levantar ocho palillos trabajosamente, decidió evitarse una probable humillación.

—Quédate con el sábado, total, los viernes llegan antes —dijo mientras recogía el resto de los palillos con ambas manos.



A partir de ese día y sin buscarlo, ella se convirtió en la interlocutora de confianza de ambos líderes, cada cual por su lado. Al paso del tiempo empezaron a buscarla para llegar a acuerdos entre ellos. Saúl externaba el viernes una preocupación o una queja sobre la banda rival y el sábado Pancho le ofrecía a ella su punto de vista. Otro fin de semana, Los Hondos le comentaban la intención de detener los avances de una banda de colombianos y querían saber si eso desataría una guerra con la RR11. Sin proponérselo, Penélope fue primero confidente y después algo parecido a una consejera de cada uno de los cabecillas. La separaban de ellos diez centímetros de estatura y trece años de diferencia, pero hablaba mejor español que los dos pandilleros, aun cuando Pancho había llegado de pequeño y Saúl era un mexicano de segunda generación. De cualquier manera, por lo general hablaban en un inglés salpicado de jerga chicana local que Penélope dominó rápidamente. Para ambos, esta mujer constituía un ave rara y fascinante. Era la primera oportunidad en su vida de relacionarse con una rubia que parecía pertenecer a otro mundo, al mundo que tenían vedado y del que solo podían esperar una mirada en la que se mezclaba por igual el miedo y el desprecio. Penélope, por el contrario, los había aceptado como lo que eran y los trataba con naturalidad y respeto, en ocasiones incluso con aprecio.

Los dos terminaron seducidos por la directora del SAPO, edulcorados por alguna versión de enamoramiento, aunque Pancho habría preferido que le cortaran un brazo antes que reconocerlo. Saúl, en cambio, coqueteaba abiertamente con ella, aun cuando en los hechos daba por sentado que no tenía ninguna oportunidad real de que ese flirteo lo convirtiese en su amante.

Penélope terminó por acuñar un sentimiento casi maternal por Pancho, el feo y salvaje líder de Los Hondos, entre otras cosas por su feroz timidez. La conmovía la mirada devota y silenciosa con que la seguía durante sus visitas al SAPO y la manera puntual en que cumplía todas sus sugerencias y consejos. Le provocó un ataque de ternura percibir cuánto había cambiado su higiene al menos en los días en que acudía al centro. El pandillero de pelo sucio, axilas sudorosas y ropa eternamente grasosa que había conocido se transformó en un pandillero afeitado, desodorizado, aunque invariablemente vestido

de mal gusto. Proyectaba el estado lastimoso de un perro recién bañado, pero al menos olía mejor.

El guapo de Saúl, en cambio, le despertaba una atracción que prefería mantener a raya. Aun cuando nunca llegó a propasarse, el joven aprovechaba cualquier oportunidad para hacerle un piropro, una invitación velada, una frase de doble sentido que bordeaba la obscenidad. Sin embargo, ella le llevaba una vida en materia de juegos verbales y requiebros adolescentes. Le respondía, lo retaba y terminaba por ponerlo en su sitio. El cortejo fársico terminó por convertirse en una broma entre ellos. De cualquier manera, le resultaba divertida y conmovedora la manera en que el joven pretendía pasar por un hombre de mundo, experimentado y sobrado pese a sus veintidós años y su desconocimiento de tantas cosas del resto de la vida.

Pese a todo, hubo un incidente que llevó a Penélope a reconsiderar su relación con ellos y la hizo pensar que no debía subestimarlos. Una noche, Tania, la atractiva instructora de Yoga, fue atacada de camino al boulevard en el que solía tomar el ómnibus que la llevaba a casa. Un adolescente la jaló a un callejón, la golpeó en el rostro y la tiró al suelo con el aparente propósito de violarla. El chico era enclenque y la maestra elástica y musculosa; tras un forcejeo violento logró zafarse y salir bien librada, aunque con la camiseta destrozada y una fea mordida en el hombro. Al día siguiente, un hermano la acompañó al SAPO para presentar su renuncia y recoger lo que guardaba en el armario de los vestidores. Penélope se enfureció; llamó por teléfono a Pancho y a Saúl y los hizo responsables. Un día más tarde apareció el cadáver del atacante en el mismo callejón en el que había intentado cometer su crimen. El cuerpo exhibía una multitud de cortes, lo cual suponía una agonía larga y dolorosa. La primera reacción de Penélope fue de alarma y arrepentimiento, pero al pasar los días asumió que se trataba de algún tipo de justicia de barrio. Tania, que algo sabía del tema, pareció comprenderlo mejor; al día siguiente se presentó al trabajo como si nada hubiera pasado. Entendía que a partir de ese momento nadie volvería a tocarla. Resultó que el atacante había sido un chico de origen hondureño, lo cual llevó a la directora del SAPO a temer que se desatara una guerra de venganza entre las pandillas. Saúl la tranquilizó asegurándole que la RR11 no era responsable del ajusticiamiento; eso significaba que había sido el

propio Pancho quien había ejecutado a uno de los suyos. Nunca más volvió a hablarse del asunto, sin embargo, Penélope entendió que, pese a su juventud e inexperiencia, nunca debía olvidar que Saúl y Pancho eran criminales y jefes de pandillas de costumbres salvajes y peligrosas.

Al pasar el tiempo, Henry prosperó, Saúl y Pancho consolidaron sus liderazgos y Penélope se convirtió en la reina de Compton, Los Ángeles. Pero entonces Dan Thompson quiso regresar a la Casa Blanca y todo comenzó a venirse abajo.